

El despertar de Borges

Por Gabriel Levinas

En agosto de 1983, después de Malvinas y en pleno derrumbe del régimen, la revista "El Porteño" sufrió un atentado. Jorge Luis Borges, el mismo que había aceptado una condecoración de Pinochet y definido a la democracia como "un abuso de la estadística", condenó el ataque. Este reportaje muestra el impacto de lo que se ya se sabía del Proceso y cómo hasta Borges estaba entendiendo su verdadera naturaleza.

–El reportaje muestra en manos de quién estuvimos.

–Bueno, yo no diría estuvimos; de hecho estamos. Estamos con facsímiles, con variantes... Están arrepentidos de que haya salido mal, pero no de que hayan ocurrido estas cosas; están arrepentidos de las consecuencias, pero no de los actos.

–Pero esta Ley de Amnistía...

–Bueno, pero es para salvarse ellos.

–De alguna manera es un reconocimiento de que hubo delito.

–Cuando una amnistía está propuesta por la delincuencia, es muy sospechosa...; si temo que me arresten, soy partidario de la amnistía... Eso empobrece nuestra imagen.

–La cuestión es que nosotros le hemos dado espacio al tema de los derechos humanos.

–¡Con toda razón! Ellos hablan tanto de la imagen argentina; la imagen que de Argentina se tiene en todo el mundo es la de un país donde es frecuente la violación de los derechos.

–Su respuesta no se hizo esperar; la otra noche pusieron una bomba en la redacción.

–La verdad que uno siente nostalgia del tiempo de Rosas... la edad de oro. Ahora disponen de un instrumental más adelantado. Antes, los puñales de parra, de troncoso...

–Hemos tenido bastante apoyo; por supuesto la gente del gobierno no mandó su repudio.

–Claro que no.

–Aunque sea para guardar las apariencias. Me imagino que un gobierno tiene la obligación de proteger a sus ciudadanos y la libertad de prensa.

–La libertad de prensa no existe. La autocensura ha agravado las cosas, claro. Si todo el país está acobardado... ¿Qué puedo hacer yo por ustedes?

–El motivo por el cual nos interesó hablar de los derechos humanos...

–¡Es que es una cosa terrible! ¿Cuánta gente ha sido secuestrada y luego asesinada? Creo que 27.000 ¿no?

–Dicen que alrededor de 30.000

–Aunque fueran tres, estaría mal.

–Estaría mal uno.

–Estaría mal uno, claro. Hay otra cosa que sería peor aún: que fueran menos y ellos se jactaran de que son más. Quizás no son 27.000 sino 27, pero a ellos les gusta mostrarse así, como terribles. La imagen que ellos tienen clara es ésa.

–Si ellos hubieran sido certeros en lo que buscaban, mucha gente no hubiera tenido miedo, pero como no eran certeros, daban miedo.

–No, porque eso se hace indiscriminadamente. A mí me dijeron esto, no sé si es cierto: que cuando arrestaban a alguien, en poder de ese alguien había en general una libreta con direcciones, con números de teléfono, y entonces esas personas eran secuestradas también. Me dijeron que en Rosario había una especie de rivalidad entre el Ejército y la policía, a quién se llevaban primero, a quién secuestraban, quién se llevaba la radio, el saqueo de la casa... Y eso ocurrió en Rosario, habrá ocurrido aquí también, en todo el país.

–Lo que motivó este atentado –aparentemente, yo no puedo meterme en el cerebro de esta gente– fue...

–Hablar de cerebro... es una metáfora muy arriesgada.

–... fue una nota sobre niños desaparecidos. Narramos historias en que habían torturado a niños para que los padres hablaran.

–La verdad que realmente es persuasivo eso. Es horrible. Y pensar, señor, que su destino personal y el mío está en manos de esos insensatos, ¿no? Nosotros y tanto millones de argentinos... Y no se arrepienten de nada; han pasado 6 años, 7 y no se han arrepentido de nada de lo que han hecho, no han confesado un solo error. Y además, como hay complicidad entre ellos... lo que hace un aviador será acordado por todos los marinos y militares, aunque sin duda es un mundo de rivalidades.

–Lo más extraño del atentado es que yo estoy a 20 metros del Comando de Inteligencia del Ejército. Que un cobarde tenga la valentía de poner una bomba a 20 metros del Comando, con tres comisarías cerca, es una contradicción rara.

–Bueno, cuenta con la complicidad general. Es lo más terrible de todo, si se cuenta con que hay comisarías y comandos de inteligencia, y todo eso... Bueno, el hecho de colocar una bomba es inverosímil.

–Lo que me parece terrible es que una cosa que sale escrita sea contestada con una bomba, en lugar de ser contestada con tinta.

–Si usted afirma la realidad de esos actos violentos, el hecho de arrojar una bomba es más una confirmación que una refutación, una lógica muy rara. Es como darle la razón de un modo terrible. ¡Qué horror! ¿Qué reacciones hubo, señor?

–En Estados Unidos esto salió en el *Washington Post*, en el *New York Times*, en la CBS, en toda la cadena de radio de allá. Salió también en la televisión para la United Press para Europa... en México también se le dio amplia difusión. Acá salió en todos los diarios. *Clarín* inclusive editorializó netamente a favor de la libertad de prensa...

–*La Nación* ha sido como siempre bastante floja ¿no?

(Publicado en *El Porteño* en setiembre 1983.)



Por Osvaldo Bayer

Pequeño record... un país sin n...

El discurso de la dictadura, los apologistas de la dictadura: el manoseo de la palabra "democracia", de la palabra "paz". Un análisis de los cómplices del proceso que sumaron "la pluma" a la espada de los escuadrones de la muerte.

Durante la dictadura de los generales, las palabras "democracia", "justicia", "justicia social", "dignidad del hombre", "valores eternos", "crisis de la civilización occidental", etc. etc., fueron los términos más usados no sólo por los gobernantes, sino también por los intelectuales en sus declaraciones públicas, por los columnistas de los periódicos, los moderadores de audiciones y emisiones masivas de televisión. No se crea que la dictadura fue torpe enredándose en tiradas oscurantistas –las hubo sí, pero casi siempre a nivel de proclama de cuartel– o en un antiintelectualismo salvaje. Se quemaron libros, sí, pero fue al principio, para demostrar autoridad, pero luego todo se hizo suavemente y en la oscuridad. Con encomiable talento mafioso. Los libros molestos no eran prohibidos por decreto –salvo unos pocos– sino que se aplicaba el mismo método que con los seres humanos. Se los hacía "desaparecer" mediante requisas localizadas o "consejos" al librero.

La prensa trató de ser lo más "pluralista" posible. Por eso los mejores ayudantes de la dictadura no fueron los exégetas del poder militar sino aquellos que se expresaban "moderadamente", los que sabían dejar una suave estela de crítica. Servía para demostrar el "pluralismo". Eso sí, había tabúes que todos respetaban: los innombrables, los exiliados, los "subversivos".

Videla, el torvo dictador, quería a toda costa mantener las formas. Todo tenía que efectuarse con guante blanco para hacer menos creíble la represión apocalíptica que se hacía subterráneamente. Por eso, los deslices se trataban de reparar de inmediato. Cuando un funcionario provincial –por ejemplo– prohibió en Córdoba las matemáticas modernas, hubo un alerta en la Casa Rosada. Y el diario *La Nación* se apresurará a hacer un reportaje a Ernesto Sábato por Odile Barón Supervielle, de página y media con un despliegue inusitado de siete fotografías del rostro del escritor, sobre "Censura, libertad y disentimiento", en el cual –además de feroces tiradas anticomunistas y un por demás cálido ensalzamiento de las formas democráticas de Estados Unidos– se critica toda forma de censura. Quien lea *La Nación* en todas sus secciones constatará que mientras exigía extrema rudeza en la represión, se permitía ciertas críticas en su suplemento literario.

Los que eran los "liberales" se defendían del sector católico ultramontano afín al peronismo de derecha. Los dos querían lo mismo, pero el método era diferente. Estos querían la totalidad. La hoguera para libros y herejes. Aquellos, el salón literario librepensador al frente, y la pena de garrote en el sótano. Así lo comprendía el "liberal" Videla. No una censura total, sino discriminada. En el cine, sí, porque allá van las grandes masas (sigue siendo la diversión fundamental del argentino); en el teatro, no. Porque es para minorías. Por eso puso a Paulino Tato en el cine y a Kive Staiff en el Teatro San Martín.

Aquel que haga la evaluación de los medios de comunicación desde marzo de 1976 a diciembre de 1983 comprobará que los dos intelectuales más promocionados fueron Ernesto Sábato y Jorge Luis Borges. Y sin censura. Cuando el 16 de febrero de 1979, Ernesto Sábato es condecorado como "Caballero de la Legión de Honor" de la embajada francesa en Buenos Aires, el canal de televisión oficial de la dictadura transmitirá en directo la ceremonia y el discurso del escritor. Y al día siguiente, *La Opinión*, intervenida por los militares, publicará una columna firmada por uno de los periodistas más leales al gobierno militar, defensor a fondo de la represión: Eduardo J. Paredes. Se titulará: "Un hombre argentino moralmente entero". Y dice, entre otras alabanzas: "En una etapa histórica del país en que se tuvo que superar el drama y el dolor, la frustración y la vergüenza en que muchos debieron replantear incluso la trayectoria de toda una vida, en la que el odio y la irracionalidad sembró muerte y más odio y hubo que apelar a la fuerza para combatirlo, en la que nació un miedo que todavía cuesta desterrar, en la que muchos paralizaron su labor mental por temor a producir ideas en momentos en que las ideas eran peligrosamente sopesadas, Sábato es una de las contadas figuras públicas del país moralmente enteras". Agrega más adelante: "Es firme y coherente en su pensamiento. No se contradice en sus opiniones. No tiene miedo a opinar aunque su opinión signifique una crítica a la autoridad. Al mismo tiempo evita el petardismo intelectual y es prudente".

El grado de preferencia de que gozaron Sábato y Borges durante la dictadura llega a simplificarse en anuncios como éste: "500 reportajes en radio Continental: el 24 del corriente la audición 'La semana que viene' cumplirá su reportaje número 500. En los mismos han sido entrevistados, entre otras personalidades: el general Jorge Rafael Videla, Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, César Menotti, Pelé (...)".

El régimen militar fue muy sistemático en la represión de la cultura. Se había asesinado a los escritores peligrosos. Se había "desaparecido" a 110 representantes de la cultura. El resto que molestaba tuvo que exiliarse. En las universidades la represión contra los activistas constituye tal vez el capítulo más brutal de la persecución militar.

La interpretación de la violencia

La discusión sobre la violencia produce en esos años una nueva línea. En 1979 los crímenes comienzan a ponerse en descubierto. La incansable labor de los exiliados y de las organizaciones de derechos humanos van quitando la careta a los represores. Esta nueva situación acentúa aún más la línea neutralista de ciertos políticos e intelectuales que dicen estar "contra la violencia de cualquier signo" y que se desviven en demostrar que tienen el chaleco libre de manchas con sospechas de ideas subversivas o comunistas. Se inicia una línea de interpretación de la represión, la filosofía de los "dos demonios" que aún hoy persiste y es el fundamento del actual gobierno radical.

Todo esto se puede ver claramente cuando la visita de la Comisión de Derechos humanos de la Organización de Estados Americanos. Habrá tres líneas. La incondicional, fiel a la dictadura, que se niega a ir a declarar ante la sede de la Comisión, como el director del diario *La Nación*, doctor Bartolomé Mitre. Las Madres, que van a denunciar lo ocurrido a sus hijos, lisa y llanamente. Y la tercera, la neutralista. Las declaraciones de Raúl Alfonsín, Sábato y los dirigentes sindicales peronistas –de setiembre de 1979– son coincidentes en ese aspecto.

Alfonsín dirá: "La Argentina está siendo empujada hacia un colapso ético por los partidarios de la violencia de uno y otro signo. Tanto quienes la ejercieron con la excusa de superar injusticias como quienes desde el otro campo la justifican como una forma de justicia, son la cara y la ceca de una deshumanización que conduce por el camino del fanatismo a la perversión de las formas civilizadas de vida".

Sábato dirá: "He repetido muchísimas veces mi posición contra todas las formas de totalitarismo, sean de derecha o de izquierda. Las trágicas experiencias de la Unión Soviética y de la Alemania hitlerista deberían haber bastado para mostrar lo que jamás podía reiterarse". Luego señala: "Esta defensa (la de los derechos humanos) debe ser permanente e indivisible en todos los casos, ya sea contra los crímenes del terrorismo tal como innumerables veces sucedió en mi país o como está sucediendo en la Italia democrática y en la España de hoy, ya sea contra los crímenes de la represión". Luego hace una curiosa división, en la que no puede disimular el oportunismo ante los poderosos de turno y su macartismo: "Sólo tenemos derecho a denunciar violaciones en la Argentina los que también hemos denunciado las cometidas en los países comunistas". Para agregar: "Los que no protestaron también contra esto, deben callarse".

Esta línea de pensamiento de "los dos demonios" iniciaba una perspectiva muy peligrosa por donde iban a tratar de escaparse luego los verdaderos criminales. En ese momento era desviar el tema, ya que la comisión de la OEA venía a investigar si el gobierno argentino respetaba o no losderechos humanos –fueran terroristas o no los perseguidos–, si era cierto que había desaparecidos, que había campos de concentración, que había niños secuestrados, que a los detenidos –aun a los "legalizados"– se los sometía diariamente a crueles vejaciones. Retrotraer el problema a la lucha contra el terrorismo ya vencido era dar una "ayudita" a los represores. Era poner un prólogo a la tesis de la "guerra sucia" con que el compungido Videla trataba de justificar los "excesos". Así, todo un sistema que comprometía las libertades del pueblo, de su cultura, de su economía, se limitaba a una mera guerrita entre facciones. Actualmente ese argumento –el del terrorismo y el del antiterrorismo– sigue siendo el principal justificativo de la inhumana represión y todo un sistema e ideología política que estuvo detrás de él. En setiembre de 1979 el justificativo de los "dos terrorismos" había quedado superado. Podía ser actual, sí, durante el gobierno constitucional de Isabel Perón; cuando la represión se hacía ilegalmente por medio de las bandas de las "Tres A".

En ese setiembre de 1979 había que denunciar bien alto el perverso sistema represivo que ya ninguna persona podía ignorar. Sábato habla en su mensaje a la OEA de las violaciones en los países comunistas, pero no es capaz siquiera de mencionar el nombre de un escritor argentino: Haroldo Conti. En ese mismo comunicado, ese escritor indica que "la violencia argentina comenzó ya en la década del '60, y más precisamente con el asesinato del general Aramburu en 1970", con lo cual daba el mejor argumento a los represores ya que identificaba: violencia = montonerismo. La violencia en la Argentina había comenzado mucho antes. Pero para no remontarnos al siglo pasado ni a las violencias contenidas en la sociedad en sí, podemos decir que la violencia contemporánea nació en 1930 cuando se quebró la línea constitucional, o en 1956 cuando se fusiló indiscriminadamente a peronistas, o en 1958 cuando se negó a las mayorías votar por sus candidatos, o en 1963 cuando los radicales aceptaron ir a las elecciones con el justicialismo prohibido, o en 1966, con la dictadura de Onganía –que Sábato saludó– y su "noche de los bastones largos", o en 1973 con la fe defraudada de toda juventud que creyó en un líder. Líderes –como institución política– en los que también Sábato dijo creer como lo informa la crónica periodística del 10 de julio de 1971 en Tucumán: "Sábato manifestó creer en los jefes, 'en los líderes, como los ha habido en todos los momentos cruciales de la historia de la humanidad', y dio a conocer su intenso anhelo de que 'encontremos un hombre capaz de despertar el fervor de los argentinos'". Si él, a los 60 años de edad creía en los líderes, no debía a los 68 reprochar como culpable de la violencia argentina solamente a un sector juvenil que había errado los métodos y el análisis político y que tenía, por otra parte, la misma falta de escrúpulos que todos los sectores de la vida argentina.

Calendario de una década argentina

Si bien la violencia es inmemorial en la Argentina, los años de te-

Pequeño recordatorio para un país sin memoria

Por Osvaldo Bayer

> El discurso de la dictadura, los apologistas de la dictadura: el manoseo de la palabra "democracia", de la palabra "paz". Un análisis de los cómplices del proceso que sumaron "la pluma" a la espada de los escuadrones de la muerte.

Durante la dictadura de los generales, las palabras "democracia", "justicia", "justicia social", "dignidad del hombre", "valores eternos", "crisis de la civilización occidental", etc. etc., fueron los términos más usados no sólo por los gobernantes, sino también por los intelectuales en sus declaraciones públicas, por los columnistas de los periódicos, los moderadores de audiciones y emisiones masivas de televisión. No se crea que la dictadura fue torpe enredándose en tiradas oscurantistas –las hubo sí, pero casi siempre a nivel de proclama de cuartel– o en un antiintelectualismo salvaje. Se quemaron libros, sí, pero fue al principio, para demostrar autoridad, pero luego todo se hizo suavemente y en la oscuridad. Con encomiable talento mafioso. Los libros molestos no eran prohibidos por decreto –salvo unos pocos– sino que se aplicaba el mismo método que con los seres humanos. Se los hacía "desaparecer" mediante requisas localizadas o "consejos" al librero.

La prensa trató de ser lo más "pluralista" posible. Por eso los mejores ayudantes de la dictadura no fueron los exégetas del poder militar sino aquellos que se expresaban "moderadamente", los que sabían dejar una suave estela de crítica. Servía para demostrar el "pluralismo". Eso sí, había tabúes que todos respetaban: los innombrables, los exiliados, los "subversivos".

Videla, el torvo dictador, quería a toda costa mantener las formas. Todo tenía que efectuarse con guante blanco para hacer menos creíble la represión apocalíptica que se hacía subterráneamente. Por eso, los deslices se trataban de reparar de inmediato. Cuando un funcionario provincial –por ejemplo– prohibió en Córdoba las matemáticas modernas, hubo un alerta en la Casa Rosada. Y el diario *La Nación* se apresurará a hacer un reportaje a Ernesto Sábato por Odile Barón Supervielle, de página y media con un despliegue inusitado de siete fotografías del rostro del escritor, sobre "Censura, libertad y disentimiento", en el cual –además de feroces tiradas anticomunistas y un por demás cálido ensalzamiento de las formas democráticas de Estados Unidos– se critica toda forma de censura. Quien lea *La Nación* en todas sus secciones constatará que mientras exigía extrema rudeza en la represión, se permitía ciertas críticas en su suplemento literario.

Es que los "liberales" se defendían del sector católico ultramontano afín al peronismo de derecha. Los dos querían lo mismo, pero el método era diferente. Estos querían la totalidad. La hoguera para libros y herejes. Aquellos, el salón literario librepensador al frente, y la pena de garrote en el sótano. Así lo comprendía el "liberal" Videla. No una censura total, sino discriminada. En el cine, sí, porque allá van las grandes masas (sigue siendo la diversión fundamental del argentino); en el teatro, no. Porque es para minorías. Por eso puso a Paulino Tato en el cine y a Kive Staiff en el Teatro San Martín.

Aquel que haga la evaluación de los medios de comunicación desde marzo de 1976 a diciembre de 1983 comprobará que los dos intelectuales más promocionados fueron Ernesto Sábato y Jorge Luis Borges. Y sin censura. Cuando el 16 de febrero de 1979, Ernesto Sábato es condecorado como "Caballero de la Legión de Honor" de la embajada francesa en Buenos Aires, el canal de televisión oficial de la dictadura transmitirá en directo la ceremonia y el discurso del escritor. Y al día siguiente, *La Opinión*, intervenida por los militares, publicará una columna firmada por uno de los periodistas más leales al gobierno militar, defensor a fondo de la represión: Eduardo J. Paredes. Se titulará: "Un hombre argentino moralmente entero". Y dice, entre otras alabanzas: "En una etapa histórica del país en que se tuvo que superar el drama y el dolor, la frustración y la vergüenza en que muchos debieron replantear incluso la trayectoria de toda una vida, en la que el odio y la irracionalidad sembró muerte y más odio y hubo que apelar a la fuerza para combatirlo, en la que nació un miedo que todavía cuesta desterrar, en la que muchos paralizaron su labor mental por temor a producir ideas en momentos en que las ideas eran peligrosamente sopesadas, Sábato es una de las contadas figuras públicas del país moralmente enteras". Agrega más adelante: "Es firme y coherente en su pensamiento. No se contradice en sus opiniones. No tiene miedo a opinar aunque su opinión signifique una crítica a la autoridad. Al mismo tiempo evita el petardismo intelectual y es prudente".

El grado de preferencia de que gozaron Sábato y Borges durante la dictadura llega a simplificarse en anuncios como éste: "500 reportajes en radio Continental: el 24 del corriente la audición 'La semana que viene' cumplirá su reportaje número 500. En los mismos han sido entrevistados, entre otras personalidades: el general Jorge Rafael Videla, Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, César Menotti, Pelé (...)".

El régimen militar fue muy sistemático en la represión de la cultura. Se había asesinado a los escritores peligrosos. Se había "desaparecido" a 110 representantes de la cultura. El resto que molestaba tuvo que exiliarse. En las universidades la represión contra los activistas constituye tal vez el capítulo más brutal de la persecución militar.

La interpretación de la violencia

La discusión sobre la violencia produce en esos años una nueva línea. En 1979 los crímenes comienzan a ponerse en descubierto. La incansable labor de los exiliados y de las organizaciones de derechos humanos van quitando la careta a los represores. Esta nueva situación acentúa aún más la línea neutralista de ciertos políticos e intelectuales que dicen estar "contra la violencia de cualquier signo" y que se desviven en demostrar que tienen el chaleco libre de manchas con sospechas de ideas subversivas o comunistas. Se inicia una línea de interpretación de la represión, la filosofía de los "dos demonios" que aún hoy persiste y es el fundamento del actual gobierno radical.

Todo esto se puede ver claramente cuando la visita de la Comisión de Derechos humanos de la Organización de Estados Americanos. Habrá tres líneas. La incondicional, fiel a la dictadura, que se niega a ir a declarar ante la sede de la Comisión, como el director del diario *La Nación*, doctor Bartolomé Mitre. Las Madres, que van a denunciar lo ocurrido a sus hijos, lisa y llanamente. Y la tercera, la neutralista. Las declaraciones de Raúl Alfonsín, Sábato y los dirigentes sindicales peronistas –de setiembre de 1979– son coincidentes en ese aspecto.

Alfonsín dirá: "La Argentina está siendo empujada hacia un colapso ético por los partidarios de la violencia de uno y otro signo. Tanto quienes la ejercieron con la excusa de superar injusticias como quienes desde el otro campo la justifican como una forma de justicia, son la cara y la ceca de una deshumanización que conduce por el camino del fanatismo a la perversión de las formas civilizadas de vida".

Sábato dirá: "He repetido muchísimas veces mi posición contra todas las formas de totalitarismo, sean de derecha o de izquierda. Las trágicas experiencias de la Unión Soviética y de la Alemania hitlerista deberían haber bastado para mostrar lo que jamás podía reiterarse". Luego señala: "Esta defensa (la de los derechos humanos) debe ser permanente e indivisible en todos los casos, ya sea contra los crímenes del terrorismo tal como innumerables veces sucedió en mi país o como está sucediendo en la Italia democrática y en la España de hoy, ya sea contra los crímenes de la represión". Luego hace una curiosa división, en la que no puede disimular el oportunismo ante los poderosos de turno y su macartismo: "Sólo tenemos derecho a denunciar violaciones en la Argentina los que también hemos denunciado las cometidas en los países comunistas". Para agregar: "Los que no protestaron también contra esto, deben callarse".

Esta línea de pensamiento de "los dos demonios" iniciaba una perspectiva muy peligrosa por donde iban a tratar de escaparse luego los verdaderos criminales. En ese momento era desviar el tema, ya que la comisión de la OEA venía a investigar si el gobierno argentino respetaba o no losderechos humanos –fueran terroristas o no los perseguidos–, si era cierto que había desaparecidos, que había campos de concentración, que había niños secuestrados, que a los detenidos –aun a los "legalizados"– se los sometía diariamente a crueles vejaciones. Retrotraer el problema a la lucha contra el terrorismo ya vencido era dar una "ayudita" a los represores. Era poner un prólogo a la tesis de la "guerra sucia" con que el compungido Videla trataba de justificar los "excesos". Así, todo un sistema que comprometía las libertades del pueblo, de su cultura, de su economía, se limitaba a una mera guerrita entre facciones. Actualmente ese argumento –el del terrorismo y el del antiterrorismo– sigue siendo el principal justificativo de la inhumana represión y todo un sistema e ideología política que estuvo detrás de él. En setiembre de 1979 el justificativo de los "dos terrorismos" había quedado superado. Podía ser actual, sí, durante el gobierno constitucional de Isabel Perón; cuando la represión se hacía ilegalmente por medio de las bandas de las "Tres A".

En ese setiembre de 1979 había que denunciar bien alto el perverso sistema represivo que ya ninguna persona podía ignorar. Sábato habla en su mensaje a la OEA de las violaciones en los países comunistas, pero no es capaz siquiera de mencionar el nombre de un escritor argentino: Haroldo Conti. En ese mismo comunicado, ese escritor indica que "la violencia argentina comenzó ya en la década del '60, y más precisamente con el asesinato del general Aramburu en 1970", con lo cual daba el mejor argumento a los represores ya que identificaba: violencia = montonerismo. La violencia en la Argentina había comenzado mucho antes. Pero para no remontarnos al siglo pasado ni a las violencias contenidas en la sociedad en sí, podemos decir que la violencia contemporánea nació en 1930 cuando se quebró la línea constitucional, o en 1956 cuando se fusiló indiscriminadamente a peronistas, o en 1958 cuando se negó a las mayorías votar por sus candidatos, o en 1963 cuando los radicales aceptaron ir a las elecciones con el justicialismo prohibido, o en 1966, con la dictadura de Onganía –que Sábato saludó– y su "noche de los bastones largos", o en 1973 con la fe defraudada de toda juventud que creyó en un líder. Líderes –como institución política– en los que también Sábato dijo creer como lo informa la crónica periodística del 10 de julio de 1971 en Tucumán: "Sábato manifestó creer en los jefes, 'en los líderes, como los ha habido en todos los momentos cruciales de la historia de la humanidad', y dio a conocer su intenso anhelo de que 'encontremos un hombre capaz de despertar el fervor de los argentinos'". Si él, a los 60 años de edad creía en los líderes, no debía a los 68 reprochar como culpable de la violencia argentina solamente a un sector juvenil que había errado los métodos y el análisis político y que tenía, por otra parte, la misma falta de escrúpulos que todos los sectores de la vida argentina.

Calendario de una década argentina

Si bien la violencia es inmemorial en la Argentina, los años de terror protegido sistemático comenzaron a fines de 1974. En mi caso particular, en octubre de 1974, con una fecha crucial: el asesinato de Silvio Frondizi, las listas de las Tres A, la obligada desaparición del film *La Patagonia Rebelde*. Pero el terror ya sistematizado y oficial se inicia el 24 de marzo de 1976 y su clímax durará hasta principios de 1979. Es la época donde no hay lugar para indiferentes. El editorial del diario *La Nación* lo proclama y lo exige: "Nadie es neutral", se titula. Lo expresa sin rodeos. "En este cuadro de cosas nadie puede ser por más tiempo neutral". Y advierte, apocalíptico, que el peligro acecha a la sociedad "desde un teatro de títeres a una campaña por una supuesta educación sexual, desde un estudio con pretensión científica a una promoción de deportes, todo puede instrumentarse al propósito del deterioro".

Se reclama la guerra total. Es el momento de la caza del adversario político. Es la hora de la espada. Que volverá a anunciar Jorge Luis Borges al recibir el 2 de setiembre del año cero, la condecoración másalta de Pinochet. Con las insignias de la Gran Cruz en el pecho dirá, adoptando un tono solemne extraño en él: "Sugiero que pensemos en Chile como la patria de Lugones y como una justa espada". La patria de los Ford Falcon y de la picana eléctrica se unía con la patria de los presos en los estadios de fútbol a través del laberinto borgeano. Era la hora de la espada con electrodos. De los militares con capucha.

Repetíamos, frenéticos, las barbaries de otras latitudes. Pero "a la argentina": hay piedra libre contra el que piense distinto, contra él, su mujer, sus niños, su casa, sus cosas.

En Córdoba, el teniente coronel Gorleri oficializaba lo que ya se venía haciendo subrepticiamente: la quema de libros. La proclama ha quedado inserta en todos los diarios, resplandeciente de arrogancia e ignorancia: "a fin de que no quede ninguna parte de estos libros, folletos, etc., se toma la resolución para que con este material se evite continuar engañando a nuestra juventud sobre el verdadero bien que representan nuestro símbolos nacionales, nuestra familia, nuestra iglesia, y en fin, nuestro más tradicional acervo espiritual sintetizado en Dios, Patria y Hogar". En esos días, Sábato dirá al salir de la Casa Rosada: "El general Videla me dio una excelente impresión. Se trata de un hombre culto, modesto e inteligente. Me impresionó la amplitud de criterio y la cultura del presidente". Es la hora del triunfo de la espada y del fracaso del Parnaso cultural. De nuestros inmortales.



Y la espada será acompañada por la cruz. El representante del Papa, Pío Laghi, consagrará todo con su hisopo cuando vuelva a Tucumán a dar la mano a los generales Menéndez y Acdel Vilas y felicitarlos "porque están defendiendo los principios de Dios, Patria y Familia". Cuando son asesinados en la iglesia de San Patricio del barrio de Belgrano los cinco curas y seminaristas palotinos en manos de un comando de la Marina de Guerra encabezado por el teniente de navío Antonio Pernía, de la Escuela de Mecánica de la Armada, los cardenales Aramburu y Primatesta producen el documento tal vez más obsceno del tiempo de la dictadura. Escribirán con un servilismo que lleva las marcas cainescas del cinismo y la hipocresía: "Sabemos cómo el gobierno y las Fuerzas Armadas participan de nuestro dolor y, nos atreveríamos a decir, de nuestro estupor".

Con 1978 llegó el momento de "ganar la paz" como los voceros diligentes de los hombres de la espada y de la cruz lo proclamaron. Y es el momento de la "plata dulce". "En enero último –proclama *La Opinión* ya intervenida por los militares– alrededor de 120.000 argentinos viajaron al exterior, lo cual significa una erogación de unos 220 millones de dólares en un mes". Doscientos veinte millones de dólares en un mes para ciento veinte mil argentinos. ¿Y el resto de los 23 millones de argentinos?

Las mecas de los argentinos que habían ganado la paz eran Miami, Río de Janeiro, Punta del Este y Sudáfrica. Era la época del "déme dos".

Pero en la Plaza de Mayo aparecían las primeras locas, las madres de los desaparecidos. 1978 es el año de la "Campaña antiargentina". Lo de la "campaña argentina en el exterior" fue un inteligente golpe propagandístico de la dictadura para lo cual contrató a una empresa publicitaria norteamericana. Año del campeonato mundial de fútbol. Había que aniquilar la voz de los exiliados argentinos y de sus amigos y aliados extranjeros. Basta seguir las publicaciones de la época para registrar la agresividad con que fue llevada y la unificación de la opinión pública contra los "antiargentinos". Se logró similar unanimidad interna que en la guerra de las Malvinas. Hasta hoy han quedado las secuelas. Fue una campaña intensísima. Un rico material para próximas investigaciones. Sólo con las recomendaciones de Neustadt en televisión y radio se tiene ya un grueso capítulo. Pero también los slogans, las frases, de los cortos publicitarios. Los verdaderos argentinos, en esa época eran "derechos y humanos". La campaña antiargentina es el verdadero origen de la artificial división entre "los que se fueron" y "los que se quedaron". Había que tratar de tapar el horror y la cobardía. Todos tenían su cadáver en el ropero y comenzaba a oler mal. Se inventaban toda clase de cosméticos para ocultarlo: el dólar barato, Maradona, Vilas y la princesa de Mónaco. Somos los mejores del mundo.

Un documento –que será publicado en cinco idiomas– es firmado por más de trescientas entidades empresarias, científicas y sociales del país. Tiene apenas ocho líneas, pero es contundente: "Ante la acción de aquellos que en el exterior intentan deformar la imagen del país, entidades privadas representativas de la comunidad argentina se autoconvocan para expresar la reacción nacional bajo el lema: 'La Verdadera Argentina También es Noticia'. Los nombres de las entidades llevan una página entera en los diarios. Están todas: desde la Asociación Argentina de Cáncer hasta el Club Alemán. desde la Asociación Argentina de Editores de Revistas hasta la Asociación de Fabricantes Argentinos de Coca Cola, de la Bolsa de Cereales a la Bolsa de Comercio, desde el Círculo de Armas al Jockey Club, de la Universidad Católica Argentina a la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas, desde la Sociedad Rural a la Cámara Argentina del Chacinado, desde el Rotary Club a la Cámara Gremial de Elaboradores de Tripas". Están todos. Sí, están todos con Videla, con Massera, con Cacciatore, principalmente con Martínez de Hoz. Es un lascivo frotarse las manos. No se sabe bien si por el dólar barato o por los métodos que aplica la dictadura con sus prisioneros. El general Benjamín Menéndez, en Córdoba, es recibido con aplausos por las "fuerzas vivas". La escritora Marta Lynch dirá rotunda: "fuera de los límites geográficos, al país no hay que criticarlo". Ernesto Sábato declarará al diario francés *Le Monde*: "Boicotear el mundial no sólo hubiera sido boicotear al gobierno, sino también al pueblo de la Argentina, que de veras, no se lo merece". El doctor Ricardo Balbín, presidente de la Unión Cívica Radical, señala con el dedo a "los autores del ataque que se efectúa desde el exterior contra nuestro país. Las críticas vienen de afuera y distorsionadas, y sirven a causas de los que se fueron del país después de haber encendido las llamas del incendio". "Los que se fueron del país", dice el doctor Balbín. Y ninguno de su partido sale a desmentirlo.

(Fragmento de la ponencia presentada en el simposio "Reconstrucción de una cultura: el caso argentino", realizado en la Universidad de Maryland, EE.UU., en 1985.)



atorio para memoria

rror protegido sistemático comenzaron a fines de 1974. En mi caso particular, en octubre de 1974, con una fecha crucial: el asesinato de Silvio Frondizi, las listas de las Tres A, la obligada desaparición del film *La Patagonia Rebelde*. Pero el terror ya sistematizado y oficial se inicia el 24 de marzo de 1976 y su clímax durará hasta principios de 1979. Es la época donde no hay lugar para indiferentes. El editorial del diario *La Nación* lo proclama y lo exige: "Nadie es neutral", se titula. Lo expresa sin rodeos. "En este cuadro de cosas nadie puede ser por más tiempo neutral". Y advierte, apocalíptico, que el peligro acecha a la sociedad "desde un teatro de títeres a una campaña por una supuesta educación sexual, desde un estudio con pretensión científica a una promoción de deportes, todo puede instrumentarse al propósito del deterioro".

Se reclama la guerra total. Es el momento de la caza del adversario político. Es la hora de la espada. Que volverá a anunciar Jorge Luis Borges al recibir el 2 de setiembre del año cero, la condecoración másalta de Pinochet. Con las insignias de la Gran Cruz en el pecho dirá, adoptando un tono solemne extraño en él: "Sugiero que pensemos en Chile como la patria de Lugones y como una justa espada". La patria de los Ford Falcon y de la picana eléctrica se unía con la patria de los presos en los estadios de fútbol a través del laberinto borgeano. Era la hora de la espada con electrodos. De los militares con capucha.

Repetíamos, frenéticos, las barbaries de otras latitudes. Pero "a la argentina": hay piedra libre contra el que piense distinto, contra él, su mujer, sus niños, su casa, sus cosas.

En Córdoba, el teniente coronel Gorleri oficializaba lo que ya se venía haciendo subrepticiamente: la quema de libros. La proclama ha quedado inserta en todos los diarios, resplandeciente de arrogancia e ignorancia: "a fin de que no quede ninguna parte de estos libros, folletos, etc., se toma la resolución para que con este material se evite continuar engañando a nuestra juventud sobre el verdadero bien que representan nuestro símbolos nacionales, nuestra familia, nuestra iglesia, y en fin, nuestro más tradicional acervo espiritual sintetizado en Dios, Patria y Hogar". En esos días, Sábato dirá al salir de la Casa Rosada: "El general Videla me dio una excelente impresión. Se trata de un hombre culto, modesto e inteligente. Me impresionó la amplitud de criterio y la cultura del presidente". Es la hora del triunfo de la espada y del fracaso del Parnaso cultural. De nuestros inmortales.



Y la espada será acompañada por la cruz. El representante del Papa, Pío Laghi, consagrará todo con su hisopo cuando vuelva a Tucumán a dar la mano a los generales Menéndez y Acdel Vilas y felicitarlos "porque están defendiendo los principios de Dios, Patria y Familia". Cuando son asesinados en la iglesia de San Patricio del barrio de Belgrano los cinco curas y seminaristas palotinos en manos de un comando de la Marina de Guerra encabezado por el teniente de navío Antonio Pernía, de la Escuela de Mecánica de la Armada, los cardenales Aramburu y Primatesta producen el documento tal vez más obsceno del tiempo de la dictadura. Escribirán con un servilismo que lleva las marcas cainescas del cinismo y la hipocresía: "Sabemos cómo el gobierno y las Fuerzas Armadas participan de nuestro dolor y, nos atreveríamos a decir, de nuestro estupor".

Con 1978 llegó el momento de "ganar la paz" como los voceros diligentes de los hombres de la espada y de la cruz lo proclamaron. Y es el momento de la "plata dulce". "En enero último –proclama *La Opinión* ya intervenida por los militares– alrededor de 120.000 argentinos viajaron al exterior, lo cual significa una erogación de unos 220 millones de dólares en un mes". Doscientos veinte millones de dólares en un mes para ciento veinte mil argentinos. ¿Y el resto de los 23 millones de argentinos?

Las mecas de los argentinos que habían ganado la paz eran Miami, Río de Janeiro, Punta del Este y Sudáfrica. Era la época del "déme dos".

Pero en la Plaza de Mayo aparecían las primeras locas, las madres de los desaparecidos. 1978 es el año de la "Campaña antiargentina". Lo de la "campaña argentina en el exterior" fue un inteligente golpe propagandístico de la dictadura para lo cual contrató a una empresa publicitaria norteamericana. Año del campeonato mundial de fútbol. Había que aniquilar la voz de los exiliados argentinos y de sus amigos y aliados extranjeros. Basta seguir las publicaciones de la época para registrar la agresividad con que fue llevada y la unificación de la opinión pública contra los "antiargentinos". Se logró similar unanimidad interna que en la guerra de las Malvinas. Hasta hoy han quedado las secuelas. Fue una campaña intensísima. Un rico material para próximas investigaciones. Sólo con las recomendaciones de Neustadt en televisión y radio se tiene ya un grueso capítulo. Pero también los slogans, las frases, de los cortos publicitarios. Los verdaderos argentinos, en esa época eran "derechos y humanos". La campaña antiargentina es el verdadero origen de la artificial división entre "los que se fueron" y "los que se quedaron". Había que tratar de tapar el horror y la cobardía. Todos tenían su cadáver en el ropero y comenzaba a oler mal. Se inventaban toda clase de cosméticos para ocultarlo: el dólar barato, Maradona, Vilas y la princesa de Mónaco. Somos los mejores del mundo.

Un documento –que será publicado en cinco idiomas– es firmado por más de trescientas entidades empresarias, científicas y sociales del país. Tiene apenas ocho líneas, pero es contundente: "Ante la acción de aquellos que en el exterior intentan deformar la imagen del país, entidades privadas representativas de la comunidad argentina se autoconvocan para expresar la reacción nacional bajo el lema: `La Verdadera Argentina También es Noticia'. Los nombres de las entidades llevan una página entera en los diarios. Están todas: desde la Asociación Argentina de Cáncer hasta el Club Alemán, desde la Asociación Argentina de Editores de Revistas hasta la Asociación de Fabricantes Argentinos de Coca Cola, de la Bolsa de Cereales a la Bolsa de Comercio, desde el Círculo de Armas al Jockey Club, de la Universidad Católica Argentina a la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas, desde la Sociedad Rural a la Cámara Argentina del Chacinado, desde el Rotary Club a la Cámara Gremial de Elaboradores de Tripas". Están todos. Sí, están todos con Videla, con Massera, con Cacciatore, principalmente con Martínez de Hoz. Es un lascivo frotarse las manos. No se sabe bien si por el dólar barato o por los métodos que aplica la dictadura con sus prisioneros. El general Benjamín Menéndez, en Córdoba, es recibido con aplausos por las "fuerzas vivas". La escritora Marta Lynch dirá rotunda: "fuera de los límites geográficos, al país no hay que criticarlo". Ernesto Sábato declarará al diario francés *Le Monde*: "Boicotear el mundial no sólo hubiera sido boicotear al gobierno, sino también al pueblo de la Argentina, que de veras, no se lo merece". El doctor Ricardo Balbín, presidente de la Unión Cívica Radical, señala con el dedo a "los autores del ataque que se efectúa desde el exterior contra nuestro país. Las críticas vienen de afuera y distorsionadas, y sirven a causas de los que se fueron del país después de haber encendido las llamas del incendio". "Los que se fueron del país", dice el doctor Balbín. Y ninguno de su partido sale a desmentirlo.

(Fragmento de la ponencia presentada en el simposio "Reconstrucción de una cultura: el caso argentino", realizado en la Universidad de Maryland, EE.UU., en 1985.)



ELOGIO AL DICTADOR DE UNO DE SUS APOLOGISTAS

La imagen de Videla

¿Quién era feliz en el Proceso? Hubo sectores que alentaron el golpe, apoyaron al gobierno militar, justificaron sus aberraciones, hicieron excelentes negocios. Bernardo Neustadt fue uno de sus voceros más altivos y sonoros. En su revista "Extra" publicó, a pocos meses de inaugurada la dictadura y la masacre, esta apología de Videla, "lo mejor que podía pasarnos".

Por Bernardo Neustadt

Uno es **persona**. La **"lidad"** se la dan los demás. Que entonces suelen decir "es una **personalidad**". Es lo que el **"otro"** pone en el protagonista. La opinión pública, tan escasamente requerida en la Argentina –carente de encuestas, plebiscitos, referendos, sondeos–, otorga, desde su silencio, categorías distintas de los hombres que pasan por el poder. Hoy voy a intentar –después de 130 días de gobierno– traducir la imagen que tiene el Presidente de la República en el seno de la sociedad que lo ha recibido **sin ningún prejuicio**. Llamativo, en un país considerado de los más **"ingobernables"** del mundo, los argentinos –incluso los justicialistas desplazados del gobierno– han admitido en privado una expresión que ahora se usa con frecuencia: **"Videla es lo mejor que nos pudo pasar"**.

Veamos cómo era Videla, el soldado en estado puro. Hermético, "buen oidor", firme, profesional sin un solo rasguño en su legajo, con el vocacional concepto militar de "actos de servicio", sin ambición política, tenso a veces, prolijo siempre en sus decisiones, nunca apresurado, con una gran capacidad de observación. Católico, practicante, sin cielos cerrados, sin dogmatismos trazados, convencido, sí, de sus profundas convicciones.

Veamos cómo es el presidente Jorge Videla. Todos los rasgos señalados permanecen en pie. Inalterables. El no ha cambiado. Su vida, sí. No deseó el poder, pero lo ejerce. Está convencido de que la firmeza es mucho mejor que la dureza. Que la moderación es más inteligente que la rigidez. Que a la Argentina para modificarla hay que admitirla primero como es. Y no desconocer su rostro, sus individualidades, sus virtudes, sus defectos. Escucha. Escucha mucho. No cree que sea un complejo corregir un error si lo hay. **De-tes-ta la demagogia.** No le agrada la promoción personal. Cree en el conjunto, no en **"el salvador"**. Su tesis favorita es simple: **"Si comprenden, aceptan; si aceptan, adhieren; si adhieren, participan"**. Es austero, ascético, pero no es un solitario como alguna vez lo fue Juan Carlos Onganía. Cuando en la Sociedad Rural, el domingo último, la ovación resultó clamorosa, mantuvo su sobriedad sin una alteración de sus facciones. Cree en la concepción de las Tres Fuerzas Armadas marchando juntas hacia el objetivo. Nunca **ha resistido** el **famoso 33%** que entronca con su modalidad participativa.

Cómo lo ven a Videla los distintos componentes de la comunidad: 1) El hombre común le tiene una simple simpatía y reza por que le vaya bien. 2) Los partidos políticos **"en el temporario destierro" creen** "en la línea Videla". Cada vez que algún rumor de "ocaso" circula, las figuras políticas del "elenco estable" tiemblan. En Videla ven **puerto** (objetivo) y **estrella** (futuro). Esta temperatura es fácilmente advertible en la investigación que realizamos, donde esa apreciación arranca de labios que van desde Ricardo Balbín hasta Arturo Frondizi, pasando por Raúl Matera, Alfredo Gómez Morales, las entidades empresarias intervenidas o no, los sindicalistas "esterilizados" o no. En esa unanimidad se hace visible la frase de ocho palabras: **"Videla es lo mejor que nos pudo pasar"**. La Iglesia, **"tan herida íntimamente"** en estos últimos tiempos, ve al jefe del Estado, en su comportamiento, como garantía máxima del proceso de reorganización. No puede manifestarse en "pro", públicamente, pero en rueda de obispos es casi una consigna. Los intelectuales que lo visitaron –y los intelectuales siempre son difíciles de conformar– quedaron muy bien impresionados. Los científicos –Leloir, Lanari, Favaloro– admitieron públicamente que la claridad presidencial los conmovió. Los periodistas, analistas políticos y económicos que mantuvieron dos horas de charla privada usaron también en la "intimidad" una expresión admirativa: **"Reconfortados"**. No faltó quien, después de escucharlo, reconociera que **"salió oficialista"**. Es decir, seducido por las ideas. No por el magnetismo.

Vamos a la inversa: ¿quién prefiere a "otro"? No hay una sola respuesta a favor, ni un nombre de reemplazo. ¿Objeciones?; un 20% ha señalado su deseo de **"verlo más presidente"**. La asunción más patética del poder.

Francisco Manrique –acaso cuando se abra la convocatoria para dialogar con hombres políticos resulte el primero en ser llamado– afirma que **"la imagen presidencial se va destiñendo porque la organización del régimen es a todas luces confusa"** (*Correo*, Nº 2049, julio 1976). En estos cuatro meses y algunos días **creemos que no hay rasguño en la piel presidencial** y su presencia no es sólo más gravitante sino más naturalmente aceptada y casi requerida.

En **Videla no hay seducción: hay honestidad**. No hay promesas fáciles: **"Procesar el nuevo tiempo político será tarea larga, riesgosa y difícil"**. No quiere venganza, sino justicia. **"Al final, entre todos, deberemos perfilar el país que queremos, construido sobre el país que tenemos"**, le dijo en el primer reportaje nacional de "persona a persona" al enviado de *"La Nación*, actitud que valoramos muchísimo, porque nunca entendimos por qué los presidentes argentinos y vitalmente de origen militar tenían que anunciarle al *New York Times* que habría elecciones en la Argentina en 1958" (Pedro Eugenio Aramburu) o conocer el pensamiento resurreccional de Perón al volver al poder, exclusivamente en una conferencia de prensa de corresponsales extranjeros. Videla parece romper con la manía.

Nada será "gratis": hay quienes temen todo lo que tenga que ver con el retorno de la partidocracia; otros se aterran de pensar que subsistirán los sindicatos; los hay quienes creen posible que "los militares se queden 20 años en el poder" sin consulta alguna, hay quienes entienden que innovar, proponiendo nuevos movimientos de opinión, es "apresurado". Los hay cómodos, que sin arriesgar nada sólo saben exigir más rigor, menos contemplaciones y "mano dura". Si Videla y, claro está, la Junta Militar, fuente del poder, se dan cuenta de que "no están solos"; si advierten que tarde o temprano la subversión siniestra será derrotada, que la economía, en un plazo más lejano o más cercano, pero con seguridad, se recompondrá, sólo les quedará una **tarea mayor**: designar un "laboratorio" conformado por lúcidos pensadores de sistemas institucionales, que lejos del ruido y de las voces ásperas o camufladas intenten describir, políticamente, en 4 o 5 alternativas, cómo debe ser la Argentina de los próximos 24 años, es decir, para llegar al 2000 sin otros 15 presidentes, 28 ministros de Economía o 200.000 millones de dólares perdidos en 30 años por maltratar al campo. Y agregaría, al oído, para terminar, algo que **es la novedad** para los hombres de 50 años (Videla, Massera, Agosti, Martínez de Hoz, Harguindeguy, Klix, Suárez Mason, Menéndez, Díaz Bessone, Uricarriet, Lambruschini, Cabrera, Mariani, Villarreal): **Perón ya no está.** Definitivamente. Si esta vez fracasamos, **ya no le podremos echar la culpa a Perón.**

Acotación: el firmante del editorial también tiene 50 años.

(Publicado en la revista Extra, *dirigida por Neustadt, en agosto de 1976.)*

El pájaro

Por Juan Gelman

Alma/¿alzás tu soñar?/
¿maldito por
los que sufrieron
por soñar?/¿y palos
te dan para que calles?/¿y
dicen que estás
equivocada?/¿que

no vengás con tus sueños?/
¿que hay bastante
dolor?/¿que mirés el
pájaro que tranquilo
cruza el cielo?/
¿pone su huevo
en el olvido?/

(De *Eso*, 1986)